

Cuchara, cuchillo, tenedor, ensayo

Ilustración: Heidi Puon Sánchez.

FIGURAS REVISTA ACADÉMICA DE INVESTIGACIÓN

ISSN 2683-2917

Vol. 2, núm. 2, marzo-junio 2021


<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.2>



Esta obra está bajo una licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

Spoon, Fork, Knife, Essay

<https://doi.org/10.22201/fesa.figuras.2021.2.2.152>

 Víctor Manuel Mendiola

Este texto defiende la idea de que el ensayo, muchas veces, es una escritura tan creativa no sólo como la poesía sino como las otras artes, y juega con este pensamiento.

Es un lugar común decir que el ensayo puede adoptar todas las formas: contar con un tema preciso o brincar entre muchos, elaborar aproximaciones imaginativas o acercarse de un modo ambicioso a la precisión erudita, poseer el don de la ligereza o, por el contrario, arrojarnos a una densidad avasallante. Todo eso es cierto y lo que revela esta diversidad de posibilidades es que el ensayo tiene un carácter abierto, plural

e híbrido. De ahí que podamos pensar que este género de escritura se adapta a la mente singular de cada escritor y no al revés, como sucede con los tratados o los artículos académicos. Esta libertad, que puede rayar en un capricho violento, es, por tanto, el lugar de la inteligencia, pero también de la creación. En el ensayo, el pensamiento crea una forma que puede ponerse junto a la de la poesía y las de las otras artes. Esta forma –dominada esencialmente por lo emboscado y repentino– tiene el carácter de la dentellada, de la garra, del diente múltiple del trinche. Desde mi punto de vista, un buen ensayo muerde y sostiene con fuerza atenzadora, como cuando en la mesa hincamos, en el modo de la prefiguración, el tenedor sobre cualquier trozo de alimento. El ensayo representa la forma de penetración que inmoviliza, que fija un fragmento en ese instante dilatado del gusto antes de separar, de cortar, de alzar y, finalmente, degustar. El ensayo, aunque es filoso como un cuchillo, es

—antes que nada— una manera de introducirse, afe-
rrando, en una cosa visible o invisible; es un modo de
trinchar una substancia anhelada pero que aún no es
nuestra. Por otro lado, el ensayo implica la prome-
sa y el placer de probar una y otra vez. Pero esto sólo
viene después de la fijación del acto del trinche que
paraliza, es decir, hay en esta forma la amabilidad
de la cuchara, mas esta bondad aparece como conse-
cuencia del movimiento de la palanca de sujeción que
esposa. Ese momento en que la creación o el pen-
samiento detienen una materia nutricia no dura na-
da, pero dura toda la vida. Cuando inmovilizamos con
nuestro tenedor un bocado, ya sea para seleccionarlo
o para llevarlo finalmente a la boca, ocurre un hecho
extraordinario: surge la cosa misma y surge la cosa
misma que ha comenzado a convertirse en la cosa pa-
ra nosotros. El trozo de salmón escogido y trinchado
con nuestro tenedor cobra una relevancia no sólo en
nuestros Sentidos sino sobre todo en el Sentido. Lo
exterior, en la lejanía natural de todo lo que es exte-
rior, bajo la fuerza de nuestro cubierto se nos revela.
Percibimos su carnosa suavidad, su blancura rosácea,
el olor de grasa necesaria y succulenta. Esa cosa exte-
rior nos promete una cosa interior fantasmal: tanto
el bolo alimenticio como la satisfacción de abrírnos
dentro de nosotros mismos. Pero este abrírnos den-
tro de nosotros mismos es un abrirse fuera porque
ante nosotros surge, por medio del ensayo, de esta
emboscadura, lo nuevo y desconocido. Así, pues, este
movimiento que busca apropiarse de una cosa exte-
rior y volverla los caminos de nuestro pensamiento,
desemboca en el espacio abierto de una realidad re-
novada donde experimentamos un aumento en nues-
tra conciencia, pero también logramos adquirir una
percepción más precisa de los objetos y los seres que
nos rodean. Así regresamos, a través del tenedor, del
Sentido a los Sentidos. Quizá vale la pena señalar que
la aproximación que nos propone el cuchillo es, sobre
todo, la de la violencia que hiere y corre rápidamen-
te a su asunto mortal. También vale la pena decir que
el acercamiento que nos propone, por el contrario,

la cuchara tiene la forma de la timidez, del encuen-
tro suave y amigable. En cambio, el tenedor, que bien
mirado es un cuchillo sin prisas, la garra que detie-
ne sin rasgar, representa un instante de reposo acti-
vo, de duración ensimismada. En la mesa el cuchillo,
la cuchara y el tenedor son tres formas distintas de
apropiación de las cosas. El cuchillo, a pesar de toda la
sofisticación que pueda usarse para amansar su agu-
deza mortal, nunca deja de ser temible; y la cuchara,
con su pequeña lengua mentirosa, siempre tiene algo
engañoso. El tenedor puede ser atemorizante, como
el trinche de Neptuno, pero no necesariamente lo es.
Su carácter reposado —en la mesa yace bocarriba con
la dentadura reluciente en una sonrisa— nos permi-
te tomar distancia y detenernos a pensar. El ensayo,
en su divagación fijadora, tiene algo de ese extraño
carácter móvil, reposado y, a veces, sonriente del te-
nedor. Desde esta perspectiva, entonces, de la misma
manera que en la poesía el Sentido y los Sentidos se
abrazan en la inmediatez de una obscenidad virginal
e insospechada bajo la garra silábica del verso, en el
ensayo, cuerpo e idea o materia y espíritu se sostienen
gracias al tranquilo carácter violento propio del sin-
tagma de la reflexión. Sin coraje o atrevimiento o al-
tívez no hay intuición ni concepto. De aquí que yo me
atreva a decir que un buen ensayo ha surgido cuan-
do, tras sostener con gusto y cierta violencia educada
un trozo cualquiera de alimento, nos descubrimos
comprendiendo un pensamiento o, a la inversa,
cuando la clarificación de nuestra inteligencia nos
arroja a comer con un hambre plena. Por eso creo que
la próxima vez que emprendamos la tarea de realizar
una compilación de momentos significativos de la
poesía, deberíamos agregar, si no ensayos completos,
fragmentos de ensayos, ya que éstos están animados
por la misma fuerza de dilucidación de la poesía. —